

General  
Tercer Mundo  
Marxismo  
Desarrollo  
Teorías Económicas  
Imperialismo  
Política

## Marxismo y desarrollo\*

BOB SUTCLIFFE<sup>1</sup>

### Ideas iniciales de Marx

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas. F. Engels, *Discurso ante la tumba de Marx*.

\* Publicado originalmente en K. Drott y J. Ros (edit.) *International Handbook of Development Economics* Edward Elgar. Traducción del inglés de Albert Recio.

1. Agradezco los comentarios realizados por Andrew Glyn y Arthur McEwan a la versión original de este trabajo.

La loa de Engels, en el funeral de Marx en 1883, subraya el papel de Marx como un preminente teórico del desarrollo en general y de la importancia que tiene para el marxismo el desarrollo económico. En este artículo trataré de presentar la evolución de las ideas de Marx y la consiguiente adaptación de sus ideas por parte de sus seguidores.

Marx percibió la historia de la humanidad como una gigantesca espiral que trazaría el desarrollo de la productividad del trabajo (las fuerzas productivas) en relación con la cambiante estructura social en la que tiene lugar (las relaciones sociales de producción). Las fuerzas productivas tienden a crecer a lo largo de la historia,<sup>2</sup> pero su velocidad varía dependiendo de que las relaciones sociales imperantes generen un clima favorable o desfavorable al progreso material. En momentos cruciales las fuerzas de producción se sienten bloqueadas por las relaciones sociales lo que genera presiones para un cambio revolucionario de sistema social, por ejemplo del feudalismo al capitalismo. Este hecho constituye un elemento crucial en el desarrollo de la humanidad.

El capitalismo, al constituir un sistema basado en la búsqueda de la rentabilidad en condiciones competitivas, puede generar un impulso sustancial al desarrollo de las fuerzas productivas de tal magnitud que puede llegar a eliminarse la necesidad y el trabajo involuntario. Pero el capitalismo es al mismo tiempo un sistema de desigualdad extrema, que polariza la sociedad en una minoría de propietarios y una inmensa mayoría de proletarios sin propiedad. Bajo el capitalismo la eliminación de la necesidad es sólo una posibilidad, únicamente realizable tras una transición a una sociedad plenamente socialista. Así, Marx concibe la sociedad humana como una combinación de un avance persistente a través del eje del conocimiento científico y el progreso material y un proceso circular que partiría del comunismo primitivo y que, tras el paso por diferentes tipos de sociedad de clase, alcanzaría un nuevo comunismo igualitario que estaría asociado a un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>3</sup>

Marx percibía al capitalismo como un sistema despreciable, porque se basaba en la explotación y generaba desigualdades, pero también lo percibía como históricamente progresivo porque desarrollaba las fuerzas productivas a niveles sin precedentes y al mismo tiempo generaba sus propios «sepultureros», la clase proletaria.

2. Es lo que Cohen llama «tesis del desarrollo de Marx». Vid. Cohen, 1978, especialmente capítulos 6 y 7.

3. Para el debate sobre los diferentes tipos de «desarrollo», véase Cohen, 1978 y Cowen y Shenton, 1996, pp. 117-129.

Desde sus primeros escritos hasta la publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867, Marx tuvo tres grandes expectativas. La primera (*repetición*) fue que el acelerado proceso de industrialización capitalista que observó en Reino Unido pronto tendría réplicas en otros partes del mundo. Así escribió que «El país industrialmente más desarrollado no hace más que mostrar al que es menos desarrollado el cuadro de su propio porvenir». (Prólogo a la primera edición alemana del primer tomo de *El Capital*)

La segunda premonición (*universalización*) fue que el ritmo del crecimiento capitalista no conduciría a crear estados capitalistas independientes sino a generar un único sistema mundial interdependiente.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita [...]. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas [...] que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo [...]. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. (Manifiesto del Partido Comunista)

La tercera creencia (*utopía*) era que una revolución mundial del proletariado acabaría por «expropiar a los expropiadores» e instituir una sociedad libre, no sujeta a la necesidad y donde cada persona pudiera realizar sus propias capacidades. En esta utopía,<sup>4</sup> desaparecería la actual división del trabajo, una pluralidad de actividades implicaría que «el trabajo no fuera solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital» y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades! (K. Marx, Glosas Marginales al Programa del Partido Obrero Alemán [Programa de Gotha])

### ¿Segundas ideas?

La divisa favorita de Marx era *de omnibus dubitandum*, y en sus escritos posteriores a menudo surgen nuevas ideas sobre sus tres expectativas de desarrollo. No sólo porque los acontecimientos evolucionaban más lentamente

4. Para aquel que dude de que el marxismo pueda ser considerado un pensamiento utópico (en el sentido positivo) recomiendo la lectura de Geras, 2000.

de lo que él había previsto, sino también porque su trabajo teórico le iba sugiriendo posibles contradicciones en sus predicciones iniciales. El tono apremiante y universalista que cubre sus obras iniciales dio paso a un tratamiento más complejo de las fuerzas que conducen al monopolio y la concentración de capitales así como las crisis económicas que frenan o detienen el crecimiento de las economías capitalistas antes que estén creadas las condiciones productivas que hacen posible el comunismo.

El mayor impulso para repensar sus expectativas surgió al tratar de aplicar las ideas marxistas al análisis de la política contemporánea. Entre ellas su posición frente al imperialismo británico en la India, la cuestión general de la liberación nacional y las perspectivas de transición al socialismo en Rusia. Inicialmente Marx había creído que:

«...al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución» (K. Marx, «La dominación británica en la India», 1969 [1853a]).

Y había previsto confiadamente que «la burguesía industrial ha descubierto que sus intereses vitales reclaman la transformación de la India en un país productor, y que para ello es preciso ante todo proporcionarle medios de riego y vías de comunicación interior. Los industriales se proponen cubrir la India con una red de ferrocarriles. Y lo harán; con lo que se obtendrán resultados inapreciables» (K. Marx, «Futuros resultados de la dominación británica en la India»).

Con el paso del tiempo fue dando más importancia a los crímenes y menos a la esperanza en una transformación económica, lo que le llevó a simpatizar más abiertamente con la lucha anticolonial. En 1881, dos años antes de su muerte, su posición había cambiado tanto en el tono como en el contenido: «Lo que Gran Bretaña toma de ellos [de los indios] sin compensación alguna supera la renta total de más de 60 millones de trabajadores agrícolas e industriales indios. Es un proceso sangrante con venganza» (Marx, 1975 [1881]).

Las posiciones de Marx y Engels evolucionaron paralelamente frente a otros movimientos nacionalistas a los que anteriormente se habían opuesto. Apoyaron la autodeterminación de Irlanda porque el fracaso en resolver la cuestión irlandesa erosionaba la unidad de la clase obrera de Reino Unido, el país en el que ellos tenían más esperanzas para el advenimiento del socialismo.

«La emancipación nacional de Irlanda no es una cuestión abstracta de justicia o humanismo sino la primera condición para su propia emancipación [de los trabajadores británicos]» (Marx, 1975 [1870]). Y su apoyo a la liberación nacional polaca la hicieron bajo el supuesto de que serviría para debilitar la Rusia zarista, imperio al que consideraban el bastión principal del conservadurismo europeo.

Marx y Engels, pues, dieron su apoyo al nacionalismo como un medio para neutralizar una vía de fisura entre el proletariado o para debilitar un sector particular de la clase dominante mundial, pero no porque pensaran en la necesidad de estrategias de desarrollo capitalista nacional. Marx fue un crítico feroz de los escritos de Friedrich List (1856) defensor de una estrategia proteccionista y desarrollista para Alemania y Estados Unidos (véase al respecto, Cowen y Shenton 1996, pp.154-69) y nunca abandonó la idea de que el desarrollo debía ser universal.

En 1881 la revolucionaria rusa Vera Zasulich buscó la orientación de Marx en el debate entre los marxistas rusos, que defendían el desarrollo capitalista, y los Narodniks que creían que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia y en consecuencia optaban en una transición directa al socialismo basada en las comunas campesinas. La cuestión dejó perplejo a Marx y su respuesta no supuso una reafirmación de sus anteriores ideas; después de estudiar seriamente la cuestión sólo fue capaz de escribir nada menos que cinco borradores a Zasulich sin adoptar una posición definitiva. (Shanin, 1983).

Algunos han interpretado estos cambios coherentes con sus más optimistas ideas iniciales (por ejemplo, Melotti, 1977); otros, en cambio, consideran que Marx se acercaba hacia posiciones más radicalmente diferentes (en interpretaciones diversas Booth, 1985; Lim, 1992; y Shanin, 1983). Realmente Marx se planteó reexaminar sus predicciones iniciales a la luz de los acontecimientos históricos y adoptar una mayor flexibilidad táctica. Pero aunque su pensamiento evolucionó no hay ninguna prueba convincente de que cambiara sus ideas fundamentales sobre la ambigua progresividad del capitalismo, su oposición a las vías de desarrollo nacional o la naturaleza del objetivo del desarrollo socialista.<sup>5</sup>

Sin embargo, al analizar la cuestión rusa, Marx tuvo que plantearse la posibilidad de que el capitalismo pudiera no ser el único responsable del desarrollo mundial. Esta posibilidad comportaba que quizás algo diferente del capi-

5. Una buena discusión de las cuestiones planteadas en estas dos primeras secciones se halla en Patnaik, 2005.

talismo pudiera llevar a cabo el desarrollo de las fuerzas productivas- una cuestión a la que tuvieron que enfrentarse posteriormente sus seguidores.

### Los seguidores de Marx: desarrollo e imperialismo

Quince años después de la muerte de Marx, Lenin seguía defendiendo frente a los Narodniks que en Rusia el capitalismo, a pesar de su carácter brutal e incompleto, era una fuerza históricamente progresista, lo que implicaba que el impulso revolucionario debía provenir de la clase obrera (Lenin, 1977 [1899]). La teoría del desarrollo combinado y desigual de Trotsky constituyó una vía complementaria para situar las peculiaridades de Rusia en el contexto de las expectativas de Marx. Su argumentación se basó en considerar que la historia nunca se desarrolla como una serie exacta de transformaciones simultáneas o se repite exactamente en los países atrasados (Trotsky, 1969 [1906] y 1977 [1930]). Estos últimos pueden avanzar a saltos desiguales, etapas desiguales en el camino al desarrollo en los países más avanzados pueden combinarse con las de los países retrasados en «una amalgama de formas arcaicas y más avanzadas» (Trotsky, 1977 [1930], p. 27), Trotsky utilizó esta idea para explicar porque un país tecnológicamente atrasado como Rusia podía ser políticamente avanzado y para defender que la revolución era necesariamente internacional. Una nación revolucionaria económicamente retrasada podría beneficiarse de las fuerzas productivas de las naciones más avanzadas.<sup>6</sup>

La cuestión central a la que se enfrentaron los marxistas de la generación posterior a Marx fue el imperialismo (un buen compendio en Brewer, 1990). En los primeros años del siglo XX las formas de desarrollo basadas en el nacionalismo y el proteccionismo, las mismas que había defendido List y a las que se había opuesto Marx, habían generado un reducido número de países punteros que combatían entre sí por la hegemonía mundial y trataban de dominar a los imperios rivales. Es lo que Lenin denominó *El imperialismo, última fase del capitalismo* (Lenin [1916]), título del libro en el que defendía la idea de que la 1ª Guerra Mundial era un combate mortal entre capitalistas al que la clase obrera debía enfrentarse a su propia burguesía transformando la guerra interimperialista en una serie de guerras civiles revolucionarias. *Imperialismo* llegaba a la conclusión que, en conjunto, la «etapa monopolista» del capitalismo ya no podía considerarse progresiva; no sólo porque se hubiera detenido el desarrollo económico en todo el mundo sino porque la guerra entre las potencias imperialistas podía destruir más de lo que creaba. La permanente guerra fratricida entre imperios hería gravemente la visión de

6. Para el análisis del desarrollo desigual y combinado, véase Elster, 1986 y Löwy, 1981.

Marx de un proces de universalización bajo relaciones capitalistas. Este análisis constituía un elemento central en la base teórica de la estrategia política que condujo a la revolución bolchevique de 1917. Al trocear la expectativa de universalización, Lenin transformó la naturaleza de la utopía.

El libro de Lenin y el de su camarada bolchevique Nicolai Bujarin [1915] estaban claramente influidos por el socialdemócrata Rudolf Hilferding, cuya importante obra *Capitalismo Financiero* fue publicada en 1910 (Hilferding, 1981 [1910]). Basándose en los últimos escritos de Marx, Hilferding proporcionó un detallado análisis de la nueva fase monopolista del capitalismo. El capital financiero era el bloque creado en todos los países avanzados entre el capital industrial, comercial y bancario —la «sagrada trinidad»— al que el estado se rendía como un fiel servidor. Hilferding argumentó que la época del capital financiero significaba que la expectativa de la repetición de Marx sólo había funcionado en unos pocos países y que, hasta cierto punto, había dado paso a nuevos obstáculos al desarrollo de los más débiles. Dio un sentido global a una serie completa de previsiones que acabarían por constituirse en lugares comunes:

En la medida en que la exportación de capital sirve básicamente para el desarrollo de un sistema de comunicaciones y al impulso de la industria de bienes de consumo en un país atrasado, contribuye al desarrollo económico en forma capitalista de este país. Sin embargo [...] el volumen de capital que fluye al exterior [...] frena el ritmo de acumulación, y con ello el desarrollo del capitalismo, en el país deudor. En territorios económicamente grandes la asimilación del capital extranjero se realiza con facilidad [...] En territorios económicamente pequeños, por el contrario, esta asimilación es mucho más difícil debido a la mucho más lenta y difícil emergencia de un capitalismo local. Esta asimiliación deviene prácticamente imposible cuando cambia el carácter de las exportaciones de capital, y la clase capitalista de los grandes países tiene menos interés en desarrollar la industria de bienes de consumo en otros países que en obtener el control de materias primas para el uso de sus propias manufacturas. [El] desarrollo capitalista [de los países europeos más débiles] así como su desarrollo político y financiero queda malformado desde sus inicios. Como contribuyentes al capital extranjero, ellos devienen estados de segunda, dependientes de la protección de los grandes poderes. (Hilferding, 1981 [1910], pp. 329-30)

Rosa Luxemburgo, otra teórica del imperialismo en la misma época, también percibió la exportación de capital como un perjuicio para los países periféricos. (como Egipto o Sudáfrica), especialmente para las clases pobres que a menudo se veían forzadas a pagar por las deudas generadas y dilapidadas por sus

clases dirigentes (Luxemburg, 1951 [1913]). Pero su teoría del imperialismo sólo estaba remotamente conectada con las de Hilferding, Lenin y Bujarin. Considerando que el capitalismo padece una endémica falta de demanda (subconsumo), Rosa Luxemburgo consideraba que para evitar su colapso el capitalismo estaba abocado a una permanente absorción de áreas y actividades no capitalistas. El imperialismo no tenía nada que ver con el monopolio y los estados, era un fenómeno sistémico del modo de producción capitalista, buscando siempre con rapacidad la plusvalía generada por otros modos de producción. Pero este proceso —en buena medida una nueva versión de la acumulación primitiva de Marx— no podría continuar ininterrumpidamente desde el momento que todo el mundo fuera absorbido por el sistema capitalista; en ese caso, era inevitable el colapso.

Aunque Luxemburgo no compartía, por razones diversas, la visión de Lenin de que el capitalismo había pasado de una fase progresista a una retrógrada, coincidía con él en que la sociedad humana se aproximaba a un precipicio en el que todo el desarrollo histórico de las fuerzas productivas se vería amenazado y, por ello, se planteaba el dilema «socialismo o barbarie». En esto ambos diferían de muchos socialistas conservadores que seguían creyendo que el capitalismo, en gran parte por sí mismo, podía desarrollar las fuerzas productivas y la clase obrera hasta que el socialismo fuera a la vez posible e inevitable.

Entre estas dos corrientes estaba Karl Kautsky, que, enojando mucho a Lenin, argumentó que el período de enfrentamiento entre las grandes potencias daría lugar a un período de cooperación entre ellas. (Kautsky, 1970 [1914]). Este «superimperialismo» podía ser en muchos aspectos peor que el imperialismo, especialmente en las áreas del mundo menos desarrolladas, susceptibles de ser explotadas en común por la alianza ultraimperialista. De una forma muy diferente a la de Hilferding, también Kautsky anticipa en muchos aspectos la forma como muchos marxistas y radicales de izquierda analizaron el mundo cincuenta años después.

Imprevisiblemente, a la luz de estos debates sobre el imperialismo, y en condiciones que no cumplían las previsiones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo, los marxistas se encontraron con la responsabilidad de dirigir una economía que requería imperiosamente el desarrollo.

### ¿Una vía no capitalista?

Los nuevos dirigentes bolcheviques tomaron el poder en Rusia a pesar de seguir creyendo que la transición al socialismo requería de un importante desarrollo

previo de las fuerzas productivas que debía producirse a escala global. Una vez se desvaneció la esperanza de otras revoluciones en Europa, el nuevo estado comunista tuvo que buscar la forma de sobrevivir y, de ser posible, progresar. Tras el corto período del «comunismo de guerra», caracterizado por una estatalización casi completa y el colapso de los intercambios regulares, llegó en 1921 la Nueva Política Económica (NEP), menos ambiciosa y más estabilizadora, bajo la cual la autonomía del mercado fue en gran parte reestablecida.

Entre el establecimiento de la NEP y la toma completa del poder por parte de Stalin en 1928, hubo un corto período de respiro en el que tuvo lugar un serio debate entre marxistas sobre cuestiones de desarrollo. Los protagonistas principales fueron Bujarin y Preobrazhensky. El primero, progresivamente fue alineándose con la idea de la necesidad del desarrollo previo de la agricultura capitalista como precondition necesaria para una eventual industrialización, y, con ello, considerando la vía pro-mercado de la NEP como una necesidad a largo plazo. Preobrazhensky, más próximo a la oposición de izquierdas, defendía una industrialización más rápida, financiada por el excedente extraído a la agricultura. En un debate que no ha perdido relevancia,<sup>7</sup> ambos trataban de encontrar una forma de conseguir lo que Marx pensaba que haría el capitalismo —la creación de las condiciones materiales para el socialismo— si bien diferían sobre la posibilidad de que ello pudiera alcanzarse imitando el desarrollo capitalista o siguiendo una nueva ruta no-capitalista. (Un debate parecido entre marxistas tuvo lugar en los primeros años de la revolución cubana).<sup>8</sup>

También en la década de los veinte, G. A. Feldman diseñó un modelo bisectorial, basado en los esquemas del volumen II de *El Capital*, como un método de planificación económica socialista (Ellman, 1987a). Sus métodos fueron en parte incorporados a la política de planificación soviética y posteriormente generaron interés fuera de la URSS, influyendo especialmente en los primeros planificadores indios, especialmente P.C. Mahalanobis, y estudiosos marxistas del desarrollo (Ehrlich, 1978; Chakravarty, 1987; Sen, 1987). Feldman fue purgado y Bujarin y Preobrazhensky asesinados cuando Stalin

7. Véase: Filtzer (ed.) 1980; Ehrlich, 1950 y 1960; Day, 1975, pp. 196-219; Cohen, 1973; Haynel, 1995; Bujarin, 1979.

8. Los actores principales en este debate fueron el Che Guevara (entonces Ministro de Industria), Carlos Rafael Rodríguez, ligado al viejo Partido Comunista Cubano que dio su apoyo a Castro, y una serie de teóricos marxistas extranjeros entre los que se encontraban Ernest Mandel y Charles Bettelheim. De nuevo volvieron a debatir sobre viejos temas: el papel del estado y el mercado, el equilibrio entre industria y agricultura, y (quizás la cuestión más original), el equilibrio entre incentivos morales y materiales. Estos debates aún resultan interesantes a pesar de que en Cuba pronto pasaron a la historia y la isla pasó a ser muy dependiente de la URSS y a alinearse con sus posiciones internacionales. Ver Brundenius, 1986 y Martínez Alier, 1972, cap. 6.

impuso el «socialismo en un solo país», que significó abandono definitivo de la perspectiva del desarrollo universalista.

La industrialización soviética sobrevivió al trauma de la colectivización agrícola forzada, a la crisis económica mundial de los treinta y a tres años de invasión nazi. Se consolidó un modelo de economía soviética basado en planificación altamente centralizada, casi completa autarquía, altas tasas de inversión, concentración en la producción de bienes de equipo e industria pesada orientados a crear una potente base productiva que permitiera maximizar el producto y el consumo a largo plazo (Bardhan, 1986). El país emergió de la Segunda Guerra Mundial con reforzada capacidad industrial y tecnológica. La planificación soviética alcanzó una reputación positiva en el preciso momento que se producía el colapso del colonialismo y la necesidad de desarrollar países pobres entraba en la agenda internacional.<sup>9</sup> Tanto la India como China adoptaron algunos aspectos del modelo soviético, aunque lejos de trasplantarlo con éxito. Sin embargo, la aparente existencia de una vía no capitalista de industrialización, tuvo un impacto notable sobre el pensamiento marxista del desarrollo bajo el capitalismo.

### Marxismo y Tercer Mundo: ¿polarización o convergencia?

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial un número creciente de marxistas empezaron a plantear, frente al coro de desarrollistas optimistas provenientes de las fuentes oficiales de Occidente, que el capitalismo era incapaz de generar desarrollo en las áreas más pobres del planeta. En lugar de ello crearía una creciente polarización entre los países desarrollados y subdesarrollados.

Reflexiones previas sobre el imperialismo aplicables a un mundo descolonizado se podían encontrar en la literatura marxista a lo largo de casi un siglo, incluidos escritos del propio Marx. Lenin defendía que, a pesar de su papel relativamente progresista, el capitalismo ruso era incompleto. Hilferding se acercó a la elaboración de una teoría de la polarización. En los documentos de la Tercera Internacional esta misma idea aparece en documentos de finales de la década de los veinte (Palma, 1978)<sup>10</sup> y aún anteriormente aparecía

9. Sobre la economía soviética y los métodos de planificación, véase Davies, 1998; Davies, Harrison y Wheatcroft (ed.), 1993; Nove, 1992; Allen, 2003; Gregory (ed.), 2001.

10. La idea de la polarización salió reforzada en el Congreso de 1928, en parte como una cínica maniobra para debilitar a Bukharin y sus seguidores, los cuales creían que aún era posible y deseable el desarrollo capitalista. Desapareció del comunismo oficial tras la alianza de la URSS con las democracias liberales en 1941.

con fuerza en los escritos de los comunistas chinos. Pero esta idea se vería reforzada en los trabajos de marxistas y pensadores radicales posteriores a 1950. Se tornó enormemente influyente entre movimientos de masas e intelectuales radicales en todo el mundo antes de que otros marxistas la criticaran duramente. Su legado es aún muy vivo en la sensibilidad de la antiglobalización.

Algunos elementos de la teoría de la polarización ya circulaban entre los intelectuales latinoamericanos cuando Paul Baran elaboró, en la década de los cincuenta, una formulación explícitamente marxista, concluyendo que «el sistema capitalista, que fue un potente motor para el desarrollo, se ha acabado por convertir en un obstáculo, igualmente enorme, para el mismo» (Baran, 1973 [1957], p. 402; ver asimismo Baran, 1952). La razón es la eclosión del capitalismo monopolista, una nueva etapa del sistema caracterizada por las tendencias al subconsumo y la crisis en los centros del capitalismo, solo mitigada por el gasto público, el militarismo y la explotación de las minorías étnicas y los países atrasados.<sup>11</sup>

Por el contrario, otros teóricos de la polarización lo vieron como un proceso que se había ido gestando en los últimos cuatro siglos de existencia de un mercado mundial, por medio del cual un reducido número de países centrales había conseguido transferir recursos desde la periferia por medio del saqueo, el intercambio desigual y posteriormente la inversión y el endeudamiento. Particularmente influyentes fueron los trabajos de André Gunder Frank, iniciados como una crítica a las teorías modernizadoras de W.W. Rostow y a las posiciones antirevolucionarias de los partidos comunistas latinoamericanos. Frank transformó el propio concepto de «subdesarrollo» cambiando la idea de un estadio de pre-desarrollo a otra centrada en los efectos del desarrollo capitalista a escala mundial. Su propósito era anatemizar lo que el llamó, en una memorable definición, el «desarrollo del subdesarrollo» a lo largo de siglos de historia capitalista. (Frank 1966 y 1969). Su nombre se asoció a la teoría de la dependencia, influyente en diversas disciplinas académicas —en particular en economía, sociología y teoría de las relaciones internacionales (ver Kay, 1989 y Larrain, 1989). Ideas parecidas se encuentran en la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein, influido por la visión histórica de largo plazo de Fernand Braudel (Wallerstein, 1979 y 1983). Samir Amin dedujo la idea de polarización de su análisis de la acumulación a escala mundial (Amin, 1974). Los defensores de estas teorías diferían entre sí a la hora

11. Esta tesis aparece de forma rudimentaria en «La política económica del crecimiento» de Baran y mucho más desarrollada en su libro posterior con Sweezy (Baran y Sweezy 1966), uno de los pocos análisis globales del capitalismo después de 1950.

de considerar cual había sido la relación del desarrollo con el capitalismo. Para algunos sólo había significado empobrecimiento, para otros una forma más compleja y variable de desarrollo dependiente (ver Evans, 1979 y Cardoso y Faletto, 1979). La mayoría creía que el desarrollo de los países pobres no sería posible sin poner límites a su imbricación al desigual mercado capitalista mundial, una acuñada claramente en el título del libro de Amin *La desconexión* (Amin, 1990). Muchos defendieron el proteccionismo, citando a Friedrich List y Alexander Hamilton como notables precedentes históricos. Otros, incluido Baran, propugnaron una vía reproductora de la industrialización soviética.

Aunque no todos los partidarios de la teoría de la dependencia se consideran marxistas, en la forma que se autodefinió Baran,<sup>12</sup> la mayoría han estado muy influenciados por el marxismo y han sido clasificados como «neo-marxistas» (por Hirschman, 1981 y Brewer, 1990, entre otros). Como Marx, han analizado el mundo desde una larga perspectiva histórica, han puesto al capitalismo en el centro de su análisis, han encontrado alguna de las causas del subdesarrollo en los escritos del propio Marx (por ejemplo, el saqueo de la riqueza de las regiones pobres, que constituye uno de los elementos de la acumulación primitiva de capital para Marx), han asignado algún papel a las clases sociales (especialmente a la debilidad de la burguesía dependiente) y han planteado una teoría de la polarización entre naciones y continentes que puede considerarse una versión transfigurada de la propia concepción de Marx de un capitalismo que crea a la vez pobreza y riqueza. Pero la mayor parte de las teorías de la polarización realzan más las desigualdades entre estados que entre clases.

Mientras que Marx percibió al capitalismo, a pesar de sus barbaridades, como sustancialmente progresivo, la mayoría de los teóricos de la polarización lo niegan. Tanto Lenin por unas razones como posteriormente Baran por otras, consideraron que en la fase sobre la que ellos escribían el capitalismo había dejado de ser progresista. Y para muchos partidarios de la dependencia el capitalismo nunca lo ha sido. Los teóricos de la dependencia han sido criticados por otros marxistas por partir de una visión invariable del capitalismo a través de la historia. Estos críticos consideran que la teoría de la dependencia se equivoca por no reconocer que la esencia del capitalismo es el capital productivo que extrae plusvalía de los trabajadores, en lugar del mercado y el intercambio. Esto les conduce a situar erróneamente el origen de la gran polarización mundial del capitalismo en el siglo XVI con la formación de los mercados mundiales. Y por

12. Entre los teóricos del desarrollo más claramente marxistas están Marini (1991) y dos Santos (1970). G. Kay (1975), a pesar de ser un crítico de la teoría de la dependencia, desarrolló una teoría explícitamente marxista que relacionaba el modelo histórico de acumulación de capital con las restricciones al desarrollo, especialmente en África.

ello, atribuyen el subdesarrollo al saqueo y al intercambio desigual en lugar de a elementos más esenciales del modo de producción capitalista, del mismo modo que sobrevaloran el papel de los estados y subestiman el papel de las clases en la generación y en la lucha contra las desigualdades mundiales.<sup>13</sup>

La mayoría de teorías de la polarización, sean o no marxistas, presuponen que el mundo es muy diferente del que analizó Marx. Sin embargo, algunos críticos a las teorías de la polarización no comparten esta perspectiva. Los historiadores «post-imperialistas» han considerado que la expectativa de la universalización de Marx, la fusión de los países capitalistas en un único sistema global, ya se ha producido (Sklar, 1976; Becker *et al.*, 1987). Su objeto de análisis se centra en la emergencia de una única clase capitalista mundial. Más recientemente, dentro de la ampliamente discutida hipótesis de lo global, Hardt y Negri han sostenido la existencia de una clase no dirigente mundial, «la multitud», que es el resultado más coherente de la globalización y el declive de los estados-nación. Su concepción claramente global del desarrollo está implícita en sus principales demandas políticas —como la libertad total de las personas para cruzar fronteras y las demandas de garantías salariales básicas y de acceso al bienestar (Hardt y Negri, 2000).

La propuesta más influyente de «retorno a Marx» ha sido la de Bill Warren en su provocativo libro titulado *Imperialismo, Pionero del Capitalismo* (Warren, 1980; también, Warren, 1973), en parte porque constituye un ataque frontal a los teóricos de la polarización realizado con el mismo tono desafiante como el que éstos han aplicado a las políticas de los partidos comunistas latinoamericanos. Warren sostiene que las posibilidades de desarrollo capitalista son realmente buenas, que en parte se han realizado tras la Segunda Guerra Mundial, que el colonialismo incluso permitió romper obstáculos al progreso social como había previsto Marx, que los obstáculos al desarrollo capitalista no se encuentran tanto en las relaciones con los países desarrollados sino que deben encontrarse «en las propias contradicciones del Tercer Mundo», que las políticas de los países desarrollados tienden más a promover la industrialización de los subdesarrollados que a frenarla, y que las «cadenas de dependencia (o subordinación) que unen al Tercer Mundo y el mundo imperialista han sido erosionadas, y en parte continúan debilitándose, con el ascenso del capitalismo indígena».<sup>14</sup> En otras palabras, defiende

13. Dos ejemplos de este tipo de críticas se encuentran en Laclau, 1971 y Brenner, 1977. Estas críticas plantean la cuestión de cómo definir el modo de producción capitalista, lo que conecta con un debate más amplio sobre la relevancia de los modos de producción y sus interrelaciones. Hay un sumario de estos debates y más referencias en Foster Carter, 1978 y Brewer, 1990, pp. 226-231.

14. Ver Warren, 1990, pp. 9-10. Sigo en gran parte la síntesis de Booth, 1985, p. 766.

la validez de las ideas originarias de Marx y que el pensamiento marxista a partir de Lenin no es más que una larga historia de errores.

A diferencia de otras críticas, el ataque de Warren a la teoría de la dependencia se basó en gran parte en bases empíricas. Destacó que los resultados económicos y sociales de los países del Tercer Mundo no fueron tan malos como defendían los teóricos de la dependencia. A pesar de que bastantes comentaristas aparentemente neutrales han aceptado estas conclusiones (por ejemplo Booth, 1985 y Brewer, 1990), debe recordarse que desde 1950 han aumentado claramente las diferencias en términos agregados entre países desarrollados y subdesarrollados al menos hasta la década de los noventa. El PIB per cápita conjunto de África, América Latina y Asia (excepto Japón) cayó todos los años entre 1950 y 1990 en relación al del Norte (EEUU, Canadá, Unión Europea y Japón). Si se excluye China, ha continuado cayendo hasta 2001 y, posiblemente, en años sucesivos (tal como se puede calcular a partir de Maddison, 2003).

Sin embargo, a pesar de que la evidencia en la que se basa Warren parece poco convincente para 1970, el rápido desarrollo de algunos países asiáticos a finales del siglo XX, parecen darle un apoyo sólido. Pero para muchos observadores el desarrollo asiático no tiene nada que ver con el capitalismo de libre mercado ya que en todos ellos han contado con una intervención pública potente y buenas dosis de proteccionismo. Con todo, tres décadas de desarrollo imparable en China y otras partes de Asia parecen suficientes para refutar el carácter global de la hipótesis de la polarización entre países desarrollados y subdesarrollados, de la misma forma que el continuo declive de África y partes de América Latina refuta la hipótesis contraria (Leys y Saul, 1999).

Los años posteriores a 1980 han representado un período de extrema divergencia no tanto entre países desarrollados y subdesarrollados, sino especialmente entre diferentes grupos de países subdesarrollados. Mientras que el PIB per cápita de China (medido en paridad de poder adquisitivo) ha aumentado un 667% entre 1980 y 2004, el de América Latina solo lo ha hecho un 12% y el de África se ha reducido en un 6% (Banco Mundial, 2005). Las diferencias en este período sugieren una realidad mucho más compleja que las que suponen tanto la teoría de la polarización como la de la convergencia. La dicotomía que ha terminado con lo que unos describen como un punto muerto (Booth, 1985) o un jaque mate mutuo (Munck, 1999) necesita ser superada.

No solo hay tendencias contradictorias en el desarrollo de lo que llamamos Tercer Mundo, sino que además los extremos están completamente alejados

entre sí. En un extremo está el África Meridional donde no sólo está creciendo la pobreza, sino que además una parte de sus sociedades está infectada por un virus letal que está cambiando su modelo social y reduciendo la esperanza de vida por decenios. En el otro extremo, China, donde ha tenido lugar la mayor oleada de industrialización capitalista de la historia, bajo la irónica dirección de unos líderes que, sin empacho alguno por su parte, siguen autocalificándose de marxistas. El PIB total de China ha pasado de representar el 12% del de Estados Unidos en 1978, al 62% en 2004 y en pocos años se situará a la par (Banco Mundial, 2005). Este trascendental desplazamiento del centro de gravedad de la acumulación capitalista mundial nos retrotrae a las viejas proposiciones marxistas y a los debates sobre el desarrollo. El avance de China sugiere, que se ha desplazado desde los países desarrollados el centro geográfico de la acumulación capitalista, ¿Alcanzará China (y otros países asiáticos) el nivel económico de los EEUU y cuestionará su hegemonía? ¿Se convertirá en un poder imperialista? ¿Su hambre de materias primas provocará el desarrollo de partes de África? ¿O asistiremos a nuevas formas de polarización? ¿Y cuál será el papel histórico de la clase obrera china? Estas eran las cuestiones que Marx se preguntaba en el siglo XIX. Los marxistas de hoy deben tratar de encontrar nuevas respuestas.

### Utopía, producción y redistribución

Desde 1980 ha declinado la influencia del marxismo en cuestiones de desarrollo. La recuperación neoliberal y el colapso del socialismo realmente existente han desplazado la balanza a favor de los partidarios del capitalismo. Pero también debido a que el largo debate sobre el imperialismo no preparó bien a los marxistas para realizar aportaciones relevantes en cuestiones despreciadas que ahora han adquirido relevancia. Nuevos debates fueron provocados por personas de otras tendencias y corrientes heterodoxas, que a menudo orientaron su ofensiva no sólo contra las visiones convencionales del desarrollo sino también contra los marxistas.<sup>15</sup>

15. Para el análisis del declive de la teoría marxista del desarrollo, véase Bernstein, 2005, el cual analiza el auge y declive del marxismo en los estudios académicos y para-académicos del desarrollo y Leys (1996) el cual contempla el declive de la teoría marxista del desarrollo como parte de la defunción de la teoría del desarrollo en su conjunto. Concluye que «existe una imperiosa necesidad de revitalizar la teoría del desarrollo, no como una rama de las ciencias sociales orientadas a la intervención política en el marco incuestionable del orden capitalista, sino como una parte del análisis crítico de la dinámica contemporánea de este mismo orden con imperativas propuestas políticas para la supervivencia de una vida civilizada y decente, no sólo en las antiguas colonias». Las nuevas orientaciones del marxismo y el pensamiento crítico sobre el desarrollo también se analizan en Munck y O'Hearn (1999) y Schurman (1993).

En primer lugar la crítica feminista al marxismo al subrayar que la emancipación de las mujeres no puede reducirse a una cuestión general de clase y desarrollo. Es una parte central por la lucha y la realización de una utopía socialista (una buena recopilación de argumentos se halla en Parport *et al.*, 2000).

Segundo, la opinión mayoritaria en las ciencias ambientales es que la universalización del desarrollo, en su sentido más amplio, es probablemente inalcanzable. Sin embargo, una serie de autores ofrecen respuestas marxistas a éste y otros dilemas ambientales (ver Foster, 2000; Löwy, 2002; Martínez Alier, 1991; O'Connor, 1998), pero sigue siendo un objetivo minoritario.

Una tercera cuestión, que en parte incluye las dos anteriores, es la del propio objetivo del desarrollo. Las teorías de la polarización y la convergencia comparten una concepción implícita del desarrollo entendido como llegar a alcanzar lo que ya han obtenido los países desarrollados. Los teóricos de la convergencia predicen que más países pueden alcanzar este objetivo; los de la polarización lo niegan. Ninguno de los dos contiene una crítica sustancial del tipo de economía y sociedad a alcanzar. Booth critica a ambas por su «teleología sistémica», pero quizás se trata sobre todo de un fallo compartido en no cuestionarse la naturaleza del objetivo. El debate sobre el «desarrollo humano», lanzado en 1990 por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, y basado en la noción de «desarrollo como libertad» de A.K.Sen, fue un intento, bastante limitado, de influir en esta cuestión. Críticos heterodoxos más fundamentalistas han despreciado todas las imágenes tradicionales del desarrollo (incluidas las marxistas) calificándolas de distopías. Desde perspectivas post-desarrollistas, o incluso anti-desarrollistas, se ha negado el objetivo del desarrollo y se ha tratado de delinear un modelo más modesto que habitualmente se basa en las pequeñas comunidades, el mantenimiento de las culturas tradicionales, el equilibrio con la naturaleza y cuestiones por el estilo.

Por tanto feministas, ambientalistas, post-modernos y otros críticos radicales de la ortodoxia económica y social han criticado, a veces con razón, las concepciones marxistas del desarrollo por ser tan machistas, eurocéntricas o insostenibles como las ortodoxas. Han generado alguna reflexión autocrítica sobre las limitaciones de los enfoques marxistas del desarrollo. Lo que en cierto sentido hacen todas estas corrientes es resituarse una cuestión central para el pensamiento original de Marx sobre el desarrollo, la definición de utopía.

Corremos algún peligro, si partiendo de los aspectos válidos de estas críticas, concluimos que toda la concepción del desarrollo, en su versión marxista ortodoxa, puede tirarse como agua sucia. El bebé que debemos salvar es la intuición fundamental de Marx, destacada por Engels en su loa, de que la utopía debe asentarse en una apropiada fundamentación material, económica

y productiva global. Hay algunos aspectos del proyecto de modernización económica, tan a menudo vilipendiado, que depurados de sus aspectos de desigualdad, imperialismo e insostenibilidad, deben formar parte del viaje hacia la emancipación social. Sin embargo, la productividad humana es hoy tan elevada que las fuerzas productivas son más que suficientes para cubrir todas las necesidades humanas razonables si fuera diferente la composición y distribución del producto mundial. Y debido a que la distribución es tan desigual estas fuerzas están siendo utilizadas para producir a escala masiva «necesidades» irresponsables y destructivas (lo que algunos han llamado «sobredesarrollo»). Si la cuestión del desarrollo se plantea, en la forma que hizo Marx, en cómo trasladar la productividad capitalista a la utopía socialista, el principal objetivo del desarrollo a escala mundial se convierte hoy, menos en la cuestión del crecimiento y más en la de la distribución.

## Bibliografía

- Las cifras entre corchetes corresponden al año de publicación original. Muchos de los escritos de Marx, Engels y los autores marxistas anteriores a 1950, y algunos pocos posteriores, están disponibles en internet en el indispensable sitio del Marxists Internet Archive ([www.marxists.org](http://www.marxists.org)).
- ALLEN R. C. (2003), *From Farm to Factory*, Princeton N.J., Princeton University Press.
- AMIN, S. (1974), *Accumulation on a World Scale*, New York, Monthly Review Press.
- (1990), *Delinking*, London: Zed Books.
- BARAN, P.A. (1952), «On the Political Economy of Backwardness», *Manchester School of Economics and Social Studies* 20, January, 66–84.
- (1973[1957]) *The Political Economy of Growth*, Harmondsworth, Penguin Books, p. 402 [originally published by *Monthly Review Press* in 1957].
- BARAN, P.A. and SWEEZY, P.M. (1966), *Monopoly Capital: an essay on the American economic and social order*, New York, Monthly Review Press, 1966.
- BARDHAN, P. (1986), «Marxist ideas in development economics: an evaluation», in John Roemer (ed), *Analytical Marxism*, Cambridge: Cambridge University Press; Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp.64–77.
- BECKER, D.G.; FRIEDEN, J. S. SCHATZ, P. and SKLAR, R. (eds.) (1987), *Postimperialism: international capitalism and development in the late twentieth century*, Boulder, Lynne Rienner, 1987.
- BERNSTEIN, H. (2005), «Development Studies and the Marxists», in U. Kothari (ed), *A Radical History of Development Studies: individuals, institutions and ideologies*, London and New York: Zed Books.

- BOOTH, D. (1985), «Marxism and Development Sociology: interpreting the impasse», *World Development*, Vol 13, No 7, pp.761–87.
- BRENNER, R. (1977), «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review* 104, pp. 25–92.
- BREWER, A. (1990), *Marxist Theories of Imperialism: a critical survey*, London and New York, Routledge.
- BRUNDENIUS, C. (1984), *Revolutionary Cuba: the challenge of economic growth with equity*, Boulder, Lynn Rienner.
- BUKHARIN, N. (1979), «Notes of an economist», *Economy and Society*, vol 8, Issue 4, November, pp. 473–500.
- BUKHARIN N. [1915], *Imperialism and World Economy*, New York: Monthly Review Press (no date).
- CARDOSO, F.E. and FALETTO, E. (1979). *Dependency and Development in Latin America*, Berkley and London: University of California Press.
- CHAKRAVARTY, S. (1987), «Mahalanobis, Prasanta Chandra» in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol III, pp. 276–7.
- COHEN, S.F. (1973), *Bukharin and the Bolshevik Revolution: a political biography 1888–1938*, New York, Knopf.
- COHEN, G.A. (1978), *Karl Marx's Theory of History: a defence*, Oxford, Clarendon Press 1978.
- COWEN, M.P. and R.W.Shenton (1996), *Doctrines of Development*, London and New York, Routledge.
- DAVIES, R.W (1998), *Soviet Economic Development from Lenin to Krushev*, Cambridge UK: Cambridge University Press.
- DAVIES, R.W.; HARRISON, Mark, and WHEATCROFT, S.G. (eds) (1993), *The Economic Transformation of the Soviet Union 1913–1945*, Cambridge UK, Cambridge University Press.
- DAY, R. (1975), «Preobrazhensky and the theory of the transition period», *Soviet Studies*, 27(2), April, pp. 196–219.
- DOS SANTOS, T. (1970), «The Structure of Dependence», *American Economic Review*, vol. 60 May, pp. 231–36.
- ELLMAN, M. (1987a), 'Fel'dman, Gigorii Alexandrovich' in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol II, pp. 299–300.
- (1987b), «Preobrazhensky, Evgeni Alexeyevich» in John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke: Macmillan, Vol III, pp. 945–6.
- ELSTER, J. (1986), «The theory of combined and uneven development: a critique», in John Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Paris and Cambridge, Maison de Sciences de l'homme, pp. 54–63.
- ENGELS, F. (1975 [1883]), «Draft of a speech at Marx's graveside», in Marx and Engels, *Collected Works*, London, Lawrence and Wishart, Vol 24, p.467 (also available at <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1883/death/justice.htm>).
- EHRlich, A. (1950), «Preobrazhenski and the economics of Soviet industrialization», *Quarterly Journal of Economics*, 64(1), pp. 57–88.
- (1960), *The Soviet Industrialization Debate 1924–1928*, Cambridge MA.
- (1978), «Dobb and the Marx–Feldman model: a problem in Soviet economic strategy», *Cambridge Journal of Economics*, 1978, Vol 2, 2, pp. 203–14.
- EVANS, P.B. (1979), *Dependent Development: the alliance of multinational, state, and local capital in Brazil*, Princeton, Princeton University Press.
- FILTZER, D.A. (ed.) (1980), *The Crisis of Soviet Industrialization*, London, Macmillan.
- FOSTER, J. B. (2000), *Marx's ecology: Materialism and nature*, New York: Monthly Review Press.
- FOSTER-CARTER, A. (1978), «The Modes of Production Controversy», *New Left Review*, 107, pp. 47–77.
- FRANK, A. G. (1969), «Sociology of underdevelopment and underdevelopment of sociology», in Andre Gunder Frank, *Latin America: Underdevelopment or revolution*, Monthly Review (originalmente publicado en 1967 en *Catalyst*).
- (1966), «The Development of Underdevelopment», *Monthly Review*, September, pp. 17–31.
- GERAS, N. (2000), «Minimum utopia: ten theses», in Leo Panitch and Colin Leys (eds), *Socialist Register 2000*, London, Merlin, p. 41–52.
- GREGORY, P. (2001), *Behind the Façade of Stalin's Command Economy: Evidence from the Soviet State and Party Archives*, Stanford, Hoover Books online.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2000), *Empire*, Cambridge MA and London, Harvard University Press.
- HAYNES, M.J. (1985), *Nikolai Bukharin and the Transition from Capitalism to Socialism*, London, Croom Helm.
- HILFERDING, R. (edited by T. Bottomore) (1981 [1910]), *Finance Capital: a study of the latest phase of capitalist development*, London, Boston and Henley, Routledge and Kegan Paul.
- HIRSCHMANN, A.O. (1981), «The rise and decline of development economics», in A.O. Hirschmann, *Essays in Trespassing: economics to politics and beyond*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1–24.
- KAUTSKY, K. (1970[1914]), «Ultraimperialism», *New Left Review*, 59, Jan-Feb., 41–46.

- KAY, C. (1989), *Latin American Theories of Development and Underdevelopment* London, Routledge.
- KAY, G. (1975), *Development and Underdevelopment: a Marxist analysis*, London, Macmillan.
- LACLAU, E. (1971), «Feudalism and Capitalism in Latin America», *New Left Review*, 67, pp. 19–38.
- LARRAIN, J. (1989), *Theories of Development: Capitalism, Colonialism and Dependency*, Oxford, Polity Press.
- LENIN, V.I. (1977[1899]), *The Development of Capitalism in Russia: the process of the formation of a home market for large-scale industry*, Moscow, Progress Publishers.
- [1916], *Imperialism the Highest stage of capitalism* en V.I. Lenin, *Collected Works*, Vol. 22, Moscow: Progress Publishers, pp. 185–304; also available at <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc/index.htm>.
- LEYS, C. and SAUL J. (1999), «Sub-saharan Africa in global capitalism», *Monthly Review*, July–Aug., pp. 13–30.
- (1996), «The Rise and Fall of Development Theory», en Colin Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, Nairobi, Bloomington & Indianapolis, Oxford: EAEP, Indiana University Press, James Currey.
- LIM, J.-J. (1992), «Marx's Theory of Imperialism and the Irish National Question», *Science & Society*, Vol 56, n° 2, Summer, pp. 168-9.
- LIST, F. (1856), *The National System of Political Economy*, Philadelphia, J.P. Lipincott and Co.
- LÖWY, M. (1981), *The Politics of Combined and Uneven Development: the theory of Permanent Revolution*, London, Verso.
- (2002), «Marx to ecosocialism», *Capitalism Nature Socialism*, Vol. 13, n° 1, March, pp. 121–133.
- LUXEMBURG, R. (1951 [1913]), *The Accumulation of Capital*, London, Routledge and Kegan Paul.
- MADDISON, A. (2003), *World Historical Statistics*, CD version, Paris, OECD.
- MARINI, R.M. (1991), *Dialectica de la Dependencia*, Mexico City, Era.
- MARTINEZ ALIER, J. (1991), «Ecology and the poor: A neglected dimension of Latin American history», *Journal of Latin American Studies*, 23(3), pp. 621-639.
- MARTINEZ ALIER, J. y V. (1972), *Cuba: economía y sociedad*, Paris: Ruedo Ibérico.
- MARX, K. (1985[1875]), «Critique of the Gotha Programme», en David McLellan (ed.), *Karl Marx, Selected Writings*, Oxford University Press.
- (1969 [1853a]), «The Future of British Rule in India», in Shlomo Avineri (ed.), *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, New York: Anchor Books, p. 94 (originalmente publicado en *New York Daily Tribune*, 25, June).
- (1969 [1853b]), «The Future of British Rule in India», in Shlomo Avineri (ed.), *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, New York, Anchor Books, p. 134 (originalmente publicado en *New York Daily Tribune*, 8, August).
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975 [1848]), *The Manifesto of the Communist Party*, en Marx and Engels, *Collected Works*, Vol. 6, London, Lawrence and Wishart, pp. 477–517 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1848/communist-manifesto/index.htm>).
- MARX, K. (1975 [1867]), Preface to *Capital, Vol I*, (First German edition) en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 35, London, Lawrence and Wishart, p. 7 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1867-c1/p1.htm>).
- (1975 [1881]), Letter to Nikolai Danielson, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 46, London, Lawrence and Wishart, p. 60 (también en <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume46/index.htm>).
- (1975 [1870]), Letter to Sigfrid Meyer and August Vogt, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 43, London, Lawrence and Wishart, p. 148 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume43/index.htm>).
- (1975 [1875]), *Critique of the Gotha Programme*, en Marx y Engels, *Collected Works*, Vol 24, London, Lawrence and Wishart, pp. 75–99 (también <http://www.marxists.org/archive/marx/works/cw/volume24/index.htm>).
- MELOTTI, U. (1977), *Karl Marx and the Third World*, London and Basingstoke: Macmillan.
- MUNCK, R. (1999), «Deconstructing development discourses: of impasses, alternatives and politics» in R. Munck and D. O'Hearn, *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*, London, Zed Books, pp. 196–210.
- NOVE, A. (1992), *An Economic History of the USSR*, Harmondsworth: Penguin Books.
- O'CONNOR, J. (1998), *Natural Causes: Essays in Ecological Marxism*, New York, Guilford.
- PALMA, G. (1978), «Dependency: A formal theory of underdevelopment or a methodology for the analysis of concrete situations of underdevelopment», *World Development*, 6, pp. 881–924.
- PARPORT, J.L., CONNELLY, M.P. and BARRITEAU, V.E. (eds.) (2000), *Theoretical Perspectives on Gender and Development*, Ottawa, ICRC.
- PATNAIK, P. (2005) «Marx as a development economist», en Jomo K. S. (ed.), *The Pioneers of Development Economics: great economists of development*, New Delhi and London, Tulita Books and Zed Books, pp. 1–9.
- SCHURMAN, F.J. (ed.) (1993), *Beyond the Impasse: new directions in development theory*, London, Zed Books.

- SEN, A. (1987) «Dobb, Maurice» en John Eatwell, Murray Millgate and Peter Newman (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, London and Basingstoke, Macmillan, Vol. I, 910–12.
- SKLAR, R. (1976), «Postimperialism, a class analysis of multinational corporate expansion», *Comparative Politics*, October, pp. 75–92.
- SHANIN, T. (presenter) (1983), *Late Marx and the Russian Road; Marx and 'the peripheries of capitalism'*, London, Melbourne and Henley: Routledge and Kegan Paul, History Workshop Series.
- TROTSKY, L. (1969[1906]), *Results and Prospects*, en L. Trotsky, *The Permanent Revolution*, New York: Pathfinder Press.
- (1977[1930]), *The History of the Russian Revolution*, London: Pluto Press.
- WALLERSTEIN, I. (1979), *The Capitalist World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1983), *Historical Capitalism*, London, Verso.
- WARREN, B. (1973), «Imperialism and Capitalist Industrialization», *New Left Review*, 81, Sept.–Oct., pp. 3–44.
- (1980) (edited by J. Sender), *Imperialism, Pioneer of Capitalism*, London, Verso.
- World Bank, *World Development Indicators 2005*, online version.

## *Pane lucrando* Octavi Pellissa y el quehacer remunerado

JOSEP TORRELL

Octavi Pellissa Safont (1935-1992) fue el fundador de una célula de estudiantes comunistas en 1955, en la Universidad de Barcelona (que sería después la primera célula de militantes del PSUC). En enero de 1957, a raíz de la segunda huelga de tranvías, fue detenido y torturado, sin que hablara. En 1958 se exilió en Francia y en la República Democrática Alemana. Desde diciembre de 1966, desde que volvió, destacó como persona clave en Cataluña en la oposición al régimen franquista y, después, como resistente incombustible en la organización de los intelectuales y en el movimiento pacifista y antinuclear. Sobre ello existe información en el artículo necrológico escrito por Xavier Folch en *mientras tanto* núm. 55 (1992) y en mis artículos publicados en *mientras tanto* num. 97 (2005) y *El viejo topo* núm. 219 (2006).<sup>1</sup> La pretensión de este artículo tiende más bien a sacar a la luz la actividad intermitente que le permitió a Pellissa vivir: el trabajo retribuido.

No hay labor más engorrosa que desmentir una verdad a medias. Para bastantes personas que trataron a Octavi Pellissa Safont la afirmación de que era alguien «que no hacía nada» —en el sentido de no trabajar— les parece fuera de discusión. Quienes así piensan no cuestionan su papel político indudable —desde 1955 hasta su muerte—, pero se minusvalora su actividad laboral. Por supuesto, y en esto estarán de acuerdo todos los que le conocieron, a Pellissa no le gustaba mucho trabajar. Para él, el trabajo era un medio de

1. También en la cronología que acompaña la edición de Octavi Pellissa: *Apunts sobre la clandestinitat. Diari 1975-1992*, *El Viejo Topo*, Barcelona (en prensa).